

¿Quién tocó el timbre?

Los pequeños granos de azúcar se desparraman sobre la yerba húmeda volviéndose transparentemente verdes en el momento en que se empapan. Luego, el agua, que se ha enfriado un poco, disuelve el dulce y lo uniforma en toda la infusión. El mate está listo para tomarse. Es en ese momento que suena el timbre. Esa pequeña ventana que había creado en el tiempo continuo del martes se quiebra en mil pedazos. No puedo tomar unos mates en paz. No hay vuelta: algo tiene que pasar. Me levanto, mis pies descalzos sienten la frigidez plana de los cerámicos, y dejo que la espuma que corona la boca ancha y metálica empiece a desaparecer, como mis ganas y mi entusiasmo, como lentamente la vida me erosiona la felicidad. Muchas veces me pregunto si es un sentimiento general, este suceder de la tristeza, esta invasión perezosa de tribulación en las horas vivas de nuestro devenir por el mundo o si, nada más, soy un intolerante que no puede manejar la relación con la realidad, ese golpe de estado a nuestros deseos. Un empujón seco hace que la puerta se estremezca, una patada en la parte inferior. Ya va, grito, sin entender demasiado. Otro golpe y la madera vieja suena, como deben sonar las maderas de un viejo barco que encalla para morir. Pará, ordeno, y en dos pasos abro el picaporte; fuera de mí, listo para insultar, preparado para golpear, con mi instinto asesino despertando de su letargo de toda mi vida y con la razón obnubilada por una tabla rota a patadas. Sin embargo, no hay nadie frente a mí. Hacia uno y otro lado de la vereda nadie escapa, no hay lugar donde esconderse. La sorpresa reemplaza a la rabia y por un par de segundos permanezco estupefacto, como congelado, intentando rearmar la situación y volver en mí. Algo parece arrancar los dedos de mi pie derecho de un tirón, lo que me hace intentar saltar hacia atrás, gritar, mirar hacia abajo y aferrar el lugar de la herida a la vez. Lo único que logro es caer sobre el frío piso sucio que me recibe con un golpe seco en la parte superior de la nuca. Esto me deja casi inconsciente, a

merced del agresor desconocido, pues no alcancé a ver nada en el frenesí de la caída.

Ipanemo es un monstruito del barrio. Nacido perro, cruza de pequinés, caniche toy y una larga lista de razas desconocidas, mixturas poco felices de canes atormentados, fue atropellado por la rueda trasera del carro de un frutero. El accidente le deformó el cráneo (parido sin respetar formas si hubiera un molde de perros) y le hizo perder un ojo. El desafortunado animal tomó la forma de un cíclope enano, semipelado y aullante, que más que caminar resbala por las calles del barrio. La boca, impreciso contenedor de piezas dentarias, recuerda una botella de vidrio rota, abandonada en un baldío y gastada por el tiempo. Cuando mi cerebro, procesando repetidas veces la imagen deforme que mis ojos devuelven, logra adivinar la presencia infame del animal, genera un espasmo de rechazo que resulta en un movimiento de látigo que hace sonar mi columna con un chasquido apagado y preocupante. Sin embargo, el golpe fue tan fuerte que no puedo salir del estado de sopor. Veo, o creo que veo, al perro alejarse hacia otra habitación. Escucho ruidos, y creo que son las puertas de mi ropero, los cajones de mi mesa de luz. Alguien revisa entre mis cosas. Creo que estoy enloqueciendo. El impacto me ha hecho delirar, me digo. Veo pasar el engendro hacia la cocina. Ahora escucho que abre el horno, la heladera. Se mueven los platos dentro de la heladera. Silencio. Ruido de masticación. Silencio. Escucho la canilla abrirse y un vaso que se llena. Luego se cierra la puerta de la heladera. La mancha que en mi cerebro representa al perro viene directo hacia mí, recorriendo el camino que hice para abrir la puerta, y pasa reptando sobre mi cara, inundando mi nariz con su olor a pozo ciego, provocando el vacío anterior a la arcada. Lo pierdo de vista pues no puedo girar la cabeza. Escucho el golpe de la puerta al cerrarse y empiezo a temblar.